

sin embargo, pues queda su efigie, con la de su esposa, en una de las bellas puertas del templo.

El Coro quedó sin sus rejas, como de costumbre —y no por “ensanchar” para beneficio de los devotos domingueros la nave, sino “porque sí”—; pero existe el hermoso paño de cantera del Coro bajo. El hueco de las rejas es un arco muy rebajado, casi plano, con marco moldurado. Arriba un fino relieve con un San Agustín. La craticula y la puerta de acceso fueron de las más solemnes de la Nueva España, tanto por su tamaño como por sus marcos y esculturas de piedra. Se salvaron de su destrucción total, según parece, gracias a la familia Anda, que en 1877 las tomó para depositar los restos de sus difuntos.

El friso de ambas se adorna con triglifos y metopas y un querubín en medio. Los relieves son, en la craticula, un triángulo formado por Santo Domingo, San Benito de Palermo y San Juan Nepomuceno; en el centro el Cordero, recordando tanto a la Eucaristía como a Santa Inés. En la puerta de acceso están San Francisco, San Diego de Alcalá y San Antonio. Aún conservan restos de policromía.

SAN BERNARDO

Conocida es la historia del convento de San Bernardo, debido a un pleito de monjas que en 1635 salieron del convento de Regina por rivalidades en la elección de una abadesa.²²

El primer convento fue pobre y provisional, por lo que el rico capitán don José de Retes Lagarche dio dinero suficiente para construirlo de nuevo, comenzándose las obras en 1685. Se terminó en 1691, año en que se escribió el libro: *Sagrado Padrón y Panegíricos Sermones a la memoria debida al suntuoso magnífico Templo y curiosa Basílica del convento de religiosas del glorioso Abad San Bernardo* . . . por Alfonso Ramírez de Vargas.

Como del antiguo templo lo único que quedan son las fachadas, tenemos que recurrir a lo que nos dice de los Coros el cronista. “Al Coro bajo —dice— hacen lucido toldo dos bien acabadas bóvedas de aristas enteras, que en la longitud se dilata catorce varas; en

²² José María Marroqui. *La ciudad de México*, t. 1, pp. 615 a 625.

la anchura se desahoga en trece y en la eminencia se descuella en diez y ocho, fuera de los macizos y pavimentos, correspondientes en número y adorno del Coro alto, al primor de las molduras y a la guarnición de sus tercios, observando la misma forma de las bajas, en cuyas claves guardan también seis la proporción diminutiva de un seisavado que hace un florón de relieve en el medio.” Tenían estas bóvedas adornos de yesería.

“Sobre la reja del Coro alto se levanta una coronación que la recibe un banco, hasta tocar en el arco o convexo de la bóveda, labor artificiosa donde, con diferente inventiva, con nueva hermosura, resalta el medio relieve ya vestido, ya calzado lo blanco del yeso con lo bruñido del oro que, difundido en ondas o en ascuas, adorna y guarnece toda esta nueva obra, en cuya eminencia se ve el glorioso simulacro del abad claravalense cuando entró en la iglesia mayor de Spira, ciudad de Alemania y cámara del Imperio, acompañado de todo su clero . . .”

Toda esta maravilla desapareció en manos de los señores del siglo XIX, al abrir la liberalísima calle de Ocampo.

Es interesante advertir que al abanico le llama “coronación” y era, según parece, de madera y yeso, blanco y dorado, en cuyo centro iba el “simulacro”, es decir, imagen, al parecer de relieve, de San Bernardo. No hay que olvidar que se hacía en 1690, año de conclusión de las policromadas yeserías de la Capilla del Rosario de Puebla, que fue la “nueva” *maravilla* del mundo. Por eso es natural en Ramírez de Vargas la insistencia en la “nueva” obra y la “nueva” hermosura, que, en efecto, lo eran en esta estupenda segunda mitad del siglo XVII mexicano, época del guadalupanismo criollo, de Sigüenza, de Sor Juana Inés de la Cruz, quien, al propósito, escribió unas “Letras Sagradas” para cantar en su dedicación, en donde dice:

Esta fábrica elevada,
que parto admirable es
de los afanes del Arte . . .

y pide un “víctore” para el arquitecto, por ser San Bernardo: